

“Esos son diezmos de mi Dios”

dijo José Antonio Molina sobre el sismo del eje cafetero cuando venía en un avión Hércules C-130 de la Fuerza Aérea Colombiana, dejando atrás a su familia en medio de la destrucción, porque cuando se tienen cuentas pendientes con la ley no sólo la naturaleza, sino la vida, están fuera de control. Por eso, pese a estar contento por haber salido ya de su tierra natal, en donde hoy la desolación y la tristeza van de la mano con el lento caminar de los **cuyabros**, hubiese querido antes de partir saber cómo estaba su familia y haberle comunicado que lo trasladaban a Santafé de Bogotá.

UNA ESPERANZA DE VIDA

LE DEVOLVIO LA FUERZA AEREA AL PUEBLO CAFETERO

Por • Teniente Hugo Armando Saucedo Pineda

Molina llevaba quince días en la cárcel de San Bernardo de Armenia, sindicado por tráfico de estupefacientes, y sólo recuerda que a la 1:20 p.m. de ese 25 de enero de 1999 los bloques de concreto, que desde hacía muy poco se habían convertido en sus confidentes predilectos, se derrumbaban; el piso parecía danzar a un ritmo acelerado y los gritos de sus compañeros retumbaban, en lo que sería minutos después sólo el recuerdo del único centro penitenciario de la capital del Quindío.

Vendedor de frutas de profesión y con esposa e hija que aún no sabe cuándo volverá a ver, José Antonio se bajó del Hércules en el aeropuerto de Catam el jueves 28 de enero de 1999. Su equipaje, una camiseta y un pantalón, indumentaria que por cierto ya traía puesta. Mientras esperaba con sus otros sesenta y nueve compañeros el bus que lo transportaría a su nuevo hogar, Molina se quedó aterrado por el movimiento constante de aeronaves, la multitud de heridos y damnificados que llegaban, así como la gran cantidad de carga que aún se encontraba pendiente por salir hacia la zona del desastre.

Era cierto: la dimensión de la tragedia no sólo se podía medir en la inmensidad de concreto que acompañaba las calles de Armenia, sino en el movimiento de aviones y personas de la Fuerza Aérea Colombiana que calladamente estaban laborando veinticuatro horas sin descanso, sólo con el fin de aliviar en algo la difícil situación que están viviendo en la actualidad un número cercano a los trescientos mil colombianos.

El mismo lunes 25 de enero se puso en marcha la estrategia de operación. Se estableció un puente aéreo Santafé de Bogotá - Pereira, Santafé de Bogotá - Armenia, y gracias al esfuerzo de nuestros hombres en materia de comunicaciones, en tan solo cinco horas se logró iluminar la pista del

aeropuerto de Cartago, lo que permitió poner en funcionamiento un puente aéreo Santafé de Bogotá - Cartago el jueves 28 en horas de la noche.

La Fuerza Aérea Colombiana se movilizó en pleno. Más de mil trescientos hombres que trabajan en Catam, bajo las órdenes del señor Brigadier General Alvaro Román Bahamón, así como muchos otros llegados de otras unidades, se olvidaron de la familia, del sueño e incluso en más de una ocasión de sus horas de comida; en sus mentes la consigna fue apoyar a los compatriotas hoy afectados por la rabia de la naturaleza.

El poder aéreo de nuestra fuerza, en materia de carga y transporte, operó sin descanso. Cuatro aviones Hércules C-130, dos Casa Aviocar 212 y tres Casa Nurtanio 235, e incluso el avión presidencial, Boeing Stratolifter C-135, iniciaron operaciones que al cabo de diez días de ocurrido el desastre y ciento noventa y ocho salidas, arrojaron un total de mil trescientas sesenta y seis toneladas transportadas, siete mil veinticuatro pasajeros, doscientos veintiún heridos y dos muertos transportados en aeronaves de la Fuerza Aérea Colombiana, que operaron desde Santafé de Bogotá. Setenta de esos siete mil veinticuatro pasajeros transportados eran los reclusos que habían llegado de Armenia. Mientras ellos, entre los que se encontraba José Antonio Molina, ya habían abandonado las instalaciones de Catam, el señor Coronel Javier Pinzón Amaya, siendo las 6:00 p.m. del jueves 28 de enero, bajaba las escalerillas abandonando el C-135 después de doce horas de labor.

Había salido ese jueves muy temprano, casi a oscuras, rumbo a Pereira, y concluía su turno ya cuando la noche absorbía los últimos rayos del sol y en su mente solo quedaban los recuerdos del trágico panorama que desde los cielos había observado en tierras cafeteras.



Así como cuando partió, mientras se alejaba miró el esfuerzo de los “**hombrecillos de overol azul**”, como llamó José Antonio Molina a los soldados de Catam. Hombro a hombro, con el sudor en la frente, estos muchachos llenaban los **pallets** que más adelante alimentarían las barrigas de los Hércules o los aviones Casa, que aliviarían con víveres y elementos de primera necesidad, como carpas y frazadas, los largos días y las eternas noches de quienes la naturaleza hoy les había jugado una mala pasada.

Esos muchachos, bajo el frío intenso de la capital, multiplicándose y pidiéndole a Dios que no llegara el cansancio a sus cuerpos, continuaban realizando, después de las 6:00 p.m., largas cadenas humanas. En sus manos negras se notaba ya el trajín de las horas, y sin embargo, ellas seguían llenando camiones con agua, herramientas y comida, para un pueblo que ya entre los fétidos olores y el asomo de grises roedores apretaba las manos con cada rugir de motores, que en lo alto anunciaban la llegada de un puchito de esperanza en medio de tanta desolación.

En otro lugar de Catam, otro miembro de la Fuerza Aérea Colombiana vivía su propio drama. En la torre de control, desarrollando una labor fundamental para la seguridad en las operaciones.

A algunos metros del señor Coronel Pinzón venía un hombre en camuflado, con caminar pausado y algo ojeroso. Era el señor Mayor Francisco Arroyo Arboleda, quien había acabado de llegar de Armenia. Su rostro dibujaba lo que había dejado en la capital del Quindío. Pese a estar atendiendo por espacio de cuarenta y ocho horas en compañía de otros catorce miembros de las Fuerzas Armadas, entre los que se contaban anesthesiólogos, ortopedistas, cirujanos y médicos generales, este cirujano cardiovascular de la Fuerza Aérea Colombiana era consciente del inmenso número de personas que necesitaban los servicios de salud y del escaso personal disponible para brindar dicha atención.

Atrás quedaron los treintaiún procedimientos quirúrgicos llevados a cabo y las cincuenta anestесias dadas durante estos dos días. En su pensamiento estaba ahora la tristeza reflejada en la mirada de un niño y la imposibilidad de lograr dar atención por parte de los organismos de salud a la gran cantidad de heridos que en medio del concreto se encontraban aún en las calles cafeteras, en un verdadero cuadro dantesco.

En otro lugar de Catam, otro miembro de la Fuerza Aérea Colombiana vivía su propio drama. En la torre de control, desarrollando una labor fundamental para la seguridad en las operaciones que se estaban llevando a cabo, se encontraba el Técnico Segundo Fernando Muñoz Ardila, pidiendo a gritos que le desocuparan el **micro** porque le iban a devolver un Casa. Al cabo de cinco minutos, Muñoz volvió a sonreír; otro **pájaro** de la Fuerza Aérea Colombiana se dirigía raudo al aeropuerto **El Edén**, de la ciudad de Armenia, con toneladas de vida para los **cuyabros**.

Allí, en la Base Militar de Catam, como en cada una de las bases de la Fuerza Aérea Colombiana, los oficiales, suboficiales, soldados y civiles estaban sintonizados. Sus conocimientos y pericia guiaban cada uno de sus actos, puestos hoy, como siempre, al servicio de Colombia. Sus corazones estaban con los damnificados del eje cafetero.

ESPERANZA
DE VIDA